

nadamiento, la humildad y la obediencia del divino Salvador, cedieron en alabanza y gloria infinita de Dios; de igual manera, nuestra sumisión y obediencia, si las unimos á la de nuestro amosísimo Redentor, cederán en honor del mismo Dios, y por Cristo y en Cristo recibirá su divina Majestad gloria infinita.

Finalmente, si Jesucristo, siendo superior á todos los hombres, se sometió á ellos por amor nuestro, ¿qué mucho que nosotros nos sometamos á todos los hombres, por amor y reverencia á Cristo? ¿Qué mucho que pidamos consejo, aun á los inferiores, y á veces nos sometamos á su parecer por temor de ofender al mismo Cristo? (*Subjecti invicem in timore Christi.*)

Paréceme, amados míos, haberos descubierto algo las bellezas de la prudencia cristiana, y algo también de las hermosas reglas que San Pablo nos da en la Epístola de hoy para obtenerla. Concluyo, pues, deseando dejar grabadas en vuestro corazón las siguientes máximas fundamentales: *La prudencia es la ciencia de los santos. El corazón prudente posee la verdadera ciencia...* (1). Alto grado de prudencia es ordenar la vida según el ejemplo de los santos: pero altísimo ordenarla según el ejemplo de Cristo (2). En verdad es prudente el que todo lo terreno tiene por estiércol para ganar á Cristo (3). Considerémoslo nosotros de esta manera, arreglemos nuestra vida como nos encarga el Apóstol en la Epístola de este día, y estemos seguros que el Señor en su misericordia, ha de dirigir nuestros pasos en esta vida, y después nos ha de coronar de gloria en la otra. Amén.

(1) Prov., IX, 10; XVIII, 15.

(2) S. Buenav., lib. *De grad. virt.*, IX.

(3) Kemp., lib. I, cap. III, § 6.

HOMILÍA 2.^a

Para el Domingo XX después de Pentecostés.

Sobre el empleo del tiempo.

MADOS hermanos míos: El Apóstol San Pablo, en el capítulo V de su carta á los fieles de Éfeso, de donde está tomada la Epístola de este día, exhorta encarecidamente á los cristianos á la imitación de Cristo nuestro Señor, á que se aparten de todo vicio, y á que empleen el tiempo en la práctica de buenas obras. «*En otro tiempo—les dice—erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor: andad como hijos de luz*»; esto es, andad haciendo ver á todos por vuestras buenas obras, que pertenecéis á Jesucristo, que es la luz de todos los hombres. Y después de esto, comienza la Epístola de la presente Dominica, diciéndoles de esta manera:

«*Hermanos: Mirad que andéis cuidadosamente, no como necios, sino como sabios; redimiendo el tiempo, porque los días son malos.*» (Ephes., V, 15 y 16.) Como si les dijera: «No olvidéis que sois cristianos, y por consiguiente, hijos de la luz, y que es preciso que andéis vigilantes en vuestra vida y costumbres, no como los hombres necios, que cierran los ojos para no ver la luz del Evangelio, y para obrar lo malo cual en noche de tinieblas, sino como personas prudentes, *redimiendo el tiempo*, porque la vida es corta y llena de peligros y tentaciones.» La prudencia, pues—según el Apóstol—consiste en *redimir el tiempo*. ¿Cómo lo hemos de hacer? Esto es lo que hoy intento explicaros, siguiendo la mente de San Pablo, y el sentir de los sagrados expositores. Para ello conviene que consideremos tres cosas:

- 1.^a El valor del tiempo.
- 2.^a Su buen empleo.
- 3.^a Su empleo malo.

PUNTO 1.º

VALOR DEL TIEMPO

Nada hay, amados míos, más estimable que el tiempo, y nada que se desperdicie con mayor insensatez. Dios nuestro Señor puso el tiempo en nuestras manos como una moneda para que con él podamos comprar los bienes eternos, y así como manda que hagamos buen uso de la hacienda y talentos que nos prodiga, así también ordena que nadie abuse del tiempo gastándole inútilmente ó perversamente. Quiere que le estimemos en mucho, y por eso dijo Jesucristo: «*Negociad mientras vengo. (Negotiamini dum venio.—Luc., XIX, 13.)*»

Y verdaderamente, así debe ser; porque el tiempo, sin embargo de no ser más que una sombra que pasa, y un momento que da lugar á otro y desaparece, es de un valor inmenso y tiene un precio infinito; puesto que únicamente con él puede comprarse la eterna bienaventuranza. Para nosotros, el tiempo vale, en cierto sentido, tanto como Dios; pues, empleándole bien, nos pone en posesión del mismo Dios (1). Con un solo momento de tiempo bien empleado, podemos granjearnos el Cielo y entrar en posesión plena y eterna de las delicias inefables del Señor. Y si un solo momento tiene tanto precio, ¿cuál será el valor de una hora, de un día, de una semana, de un mes, de un año y de todos los años que el hombre viva? ¡Oh! La sabiduría suprema del hombre consiste en hacer buen uso del tiempo, así como perderlo es suprema locura. ¡Cuántos locos hay en el mundo que se tienen por muy cuerdos! ¡Cuántos que pierden inútilmente el tiempo!

Así lo entendía nuestro grande Apóstol, y por eso, para desengañar á los incautos, dice en la Epístola de hoy. «*Andad como sabios, redimiendo el tiempo, porque los días son malos.*» Y á fin de dar á entender el gran valor que el tiempo tiene, añade en otra parte: «*Sabemos á ciencia cierta que una momentánea y leve aflicción de ahora engendra en nosotros un peso inefable de gloria eterna é infinita.*» (II Corint., IV, 17.) Es decir, engendra una gloria sublimísima, que supera sobre toda ponderación á las tribulaciones de esta vida. ¡Oh momento del cual depende la eternidad! ¡Oh eternidad, que depende de un momento!

(1) Tantum valet, quantum Deus; quia tempore bene consueto comparatur Deus.

¿Queréis, amados míos, formar una idea del valor del tiempo y de lo mucho en que debemos estimarle? Preguntadlo á los réprobos del infierno, y ellos os responderán que se creerían infinitamente felices en medio de sus tormentos, si con ellos pudiesen obtener un solo instante de tiempo para arrepentirse y conquistar el Cielo.

Preguntadlo á las ánimas del Purgatorio, y ellas, á pesar de tener la seguridad de que al fin de sus penas gozarán de la eterna é inefable visión de Dios, os responderán que su mayor dicha sería poder disponer de algún tiempo en la tierra, para satisfacer por sus culpas y para ganar indulgencias y acelerar su entrada en las mansiones celestiales.

Preguntadlo á los bienaventurados del cielo, y por más que allí son eternamente felices, os dirán: «¡Oh cristianos! Si en nosotros pudiera haber envidia, la tendríamos grande de vosotros los que vivís en la tierra, porque tenéis tiempo que podéis aprovechar en merecer mayores grados de gracia y de gloria para toda una eternidad. Si á nosotros fuera posible volver al tiempo para merecer más, compraríamos siquiera una hora de vida terrena, aun á precio de los mayores suplicios para acrecentar nuestra corona y glorificar más á Dios por siglos sin fin.

Esto nos dirían indudablemente los bienaventurados, y esto debe llenar nuestro corazón de indecibles consuelos. Estamos en el tiempo, es verdad, pero es lo cierto que, aprovechándole bien, podemos granjearnos con él innumerables riquezas de bienaventuranza eterna, tanto mayores cuanto más y mejor aprovechemos el tiempo. ¡Qué felicidad! ¡Una beatitud eterna por un momento de mortificación! ¡Un océano de delicias por una lágrima! «*No son de comparar—exclama el Apóstol—los sufrimientos de la vida presente, con aquella gloria futura que ha de resplandecer eternamente en nosotros (1).*»

Mas ¿cómo hemos de aprovechar bien el tiempo? ¿Cómo hemos de obrar cada uno en su estado para alcanzar la corona y el premio de eterno regocijo? Esto es lo que ahora os diré con sencillez y brevedad.

(1) Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis. (Rom., VIII, 18.)

PUNTO 2.º

BUEN EMPLEO DEL TIEMPO

Dicenos el Apóstol San Pablo en nuestra Epístola que *redimamos el tiempo, porque los días son malos; dicenos que ahora que tenemos tiempo obremos lo bueno* (1). Y determinando más, dicenos en la persona de su discípulo Timoteo: «*Aplicate á la lectura, á la exhortación y á la doctrina* (2).» Dicenos que *peleemos valerosamente por la fe, para obtener el premio de la vida eterna, á la cual hemos sido llamados* (3). Dicenos que *trabajemos como buenos soldados de Cristo...* (4) Así se expresa el Apóstol, y aunque esto realmente lo dice todo, necesita explicación para el pueblo fiel, y de ella se encargan los sagrados expositores, quienes se expresan de esta manera:

Redime el tiempo, el que habiendo antes vivido malamente, se aplica con todo empeño á vivir bien, y acumula tantas obras buenas como antes hizo malas. (S. Tom. in Epist. ad Ephes., V.)

Redime el tiempo, el que habiéndole invertido antes infructuosamente, se esmera en reparar su falta con una fructuosísima ocupación del tiempo presente. (S. Bern. ad tripl. cust.)

Redime el tiempo, el que habiéndole perdido en diversiones y placeres inútiles, le emplea de presente en prodigar el bien y llorar sus culpas. (San Ansel. en Mansi., dis. XIV, n. 4.)

Redime el tiempo, el que después de haber vivido en el lujo, en la ostentación, en los pecados y en la tibieza, pasa el resto de su vida practicando las virtudes y acumulando obras buenas con fervor de espíritu. (Piconio in Ephes., V.)

Redime el tiempo, el que siempre obra bien; pues como Dios suele disminuir el tiempo de la vida en los hombres á causa de sus pecados, dícese con verdad que redime ó evita esta disminución de tiempo el que se emplea en buenas obras, y por eso se dice que el justo muere lleno de días; es decir, con sus días cumplidos. (A. Lá-pide.)

En este sentido debe entenderse la Epístola de este día; y si en

(1) Dum tempus habemus, operemur bonum. (Galat., VI, 10.)

(2) Dum venio, attende lectioni, exhortatione et doctrinae. (I Timot., IV, 13.)

(3) Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam aeternam, in qua vocatus es. (I Timot., VI, 12.)

(4) Labora sicut bonus miles Christi Jesu. (II Timot., II, 3.)

virtud de ello se pregunta: ¿Quienes son los que hacen buen uso del tiempo? Respondo diciendo:

Emplean bien el tiempo, *aquellos cuyos días están llenos de virtudes, y que caminan de virtud en virtud* (1); aquellos que, como encarga San Pablo, marchan de tal modo *que puedan enriquecerse más y más para el cielo* (2); *aquellos que están siempre consagrados al cumplimiento de sus deberes y prontos á toda obra buena* (3); *aquellos que perseveran en la práctica del bien* (4); aquellos que, como dice el Apóstol, *viven en sobriedad, piedad y justicia, aguardando la bienaventurada esperanza y la venida del Señor* (Tit. II, 12); aquellos, en suma, que emplean su vida en actos *sobrenaturales* merecedores de vida eterna. *

¡Oh, amados míos! ¡Cuán difícil es haber empleado bien el tiempo! ¿Quién no encuentra en su conciencia faltas sobre este punto? El glorioso San Francisco de Sales, con ser varón tan eminente en santidad, confiesa claramente de sí mismo: «¡Ah, Señor! cuando considero en qué cosas he invertido el tiempo que Vos, misericordiosamente, me habéis concedido, llénase mi corazón de angustia, temiendo que, en justo castigo, me excluyáis de la eterna gloria.» (Sales, lib. VII, Epist. XI.)

Y si esto dice un San Francisco de Sales, ¿qué habremos de decir nosotros, pobres pecadores?

* Repárese bien esto, amados míos, porque actualmente hay muchos hombres que viven *á lo natural*, sin acordarse siquiera del orden *sobrenatural*; viven según la naturaleza, sin tener en cuenta la vida de la gracia; viven para lo terreno y no para lo celestial; viven para el mundo y no viven para Dios. ¡Lástima grande es esta! Pero es lo cierto que así viven, y pierden lastimosamente el tiempo.

Es verdad que Dios, acomodándose á nuestra humana flaqueza, no impuso al hombre la obligación de hacer actos sobrenaturales en todos los momentos de la vida; pero también lo es que nos obliga á todos ordenar la totalidad de la presente vida, *al fin sobrenatural* para que fuimos creados. Es decir, que todos los hombres estamos obligados siempre y en todo instante, á evitar lo que fuere contrario á este fin, ó sea todo pecado, y á hacer de vez en cuando actos sobrenaturales, á fin de encaminarnos al fin último, que es la eterna bienaventuranza. No basta, cristianos, atender al fin de la naturaleza, porque además somos criados para el fin de la gracia, para la posesión de la gloria; y esto es cabalmente nuestro mayor timbre y nuestro mayor consuelo.

(1) Dies pleni invenientur in eis. (Psalm. LXXII, 10.)—Ibunt de virtute in virtutem. (Psal. LXXXIII, 8.)

(2) Sic ambuletis ut abundetis magis. (I Thes., IV, 1.)

(3) Haec meditare, in his esto, ut profectus tuus manifestus sit omnibus. (I Timot., IV, 15.)—Admone illos ad omnes bonum paratos esse. (Tim., III, 1.)

(4) Bonum autem facientes, non deficiamus. (Galat., VI, 9.)

El tiempo es un bien del que nosotros, viajeros y comerciantes sobre la tierra, podemos sacar un provecho inmenso; pero hemos perdido una gran parte de él; el mundo quiere quitarnos la otra, y Dios nos amenaza con que si se la cedemos al mundo, El abreviará la que pensaba otorgarnos. ¿Qué hemos de hacer, pues, si somos prudentes?—Ya nos lo dice nuestra Epístola: «*Redimir el tiempo, porque los días son malos.*» (*Redimentes tempus, quoniam dies mali sunt.*)

Mucho siento, carísimos hermanos, no poder detenerme más sobre este segundo punto, pero reclama nuestra atención el tercero, para daros una idea de cuán funesto es para nosotros desperdiciar lastimosamente el tiempo.

PUNTO 3.º

MAL EMPLEO DEL TIEMPO

¿Quién pierde el tiempo? Oigamos sobre este particular á San Agustín, que está, como en todo, sublime y arrebatador: «El cielo—dice—exige que andemos aquí en la tierra. Hay tres clases de personas á quienes Dios odia, á saber: á las que permanecen *inmóviles*; á las que *retroceden*, y á las que se *extravían*. El que no avanza, se queda en el camino; el que abandona sus buenas resoluciones y vuelve al mal que había dejado, retrocede; el que abandona la fe, no está en el buen camino. ¿Quién es el que no adelanta?—El que se cree cuerdo, y dice para sí: Ya me basta ser lo que soy.» (Lib. de Cantico novo, cap. IV.) Por consiguiente, el cristiano que no adelanta, el que retrocede y el descaminado, son tres personas desdichadas que pierden el tiempo.

Pierde el tiempo el tibio, el perezoso, el que no hace nada por adelantar en el camino de la virtud y de la salvación. Podrá trabajar para el mundo, para sus intereses materiales, para satisfacer sus pasiones; mas en orden á Dios y á la consecución de su último fin, nada consigue; tiempo perdido. El no procurar ir adelante, es quedarse atrás.

Pierde el tiempo el que retrocede en la práctica de las virtudes, y de manera más lastimosa; porque no solamente deja ocioso su talento, sino que disminuye el caudal, debiendo aumentarle. Contraría la voluntad de Dios, que dijo: *Negociad mientras vengo*, y que después le ha de decir: *Dame cuenta de los dones con que te enriquecí.* (*Rede rationem.*)

Pierde el tiempo, por modo funesto, el que camina extraviado

obrando lo malo, y fuera de la Ley de Dios. ¿De qué le aprovechará ganar todo lo del mundo, si pierde su alma? Esta es la mayor desdicha que puede tener un hombre sobre la tierra.

Pierde, pues, el tiempo el ocioso, que no hace lo que debe; el que anda hacia atrás, porque hace lo que no debe; y el que va descaminado, porque obra en contra de lo que debe. ¡Cuán pocas son las personas que siempre hacen lo que deben, del modo que deben y nunca en contra de lo que deben! ¡Cuántas personas, como dijo el Salmista, *consumen sus días en la vanidad, y acaban muy pronto los años de su vida* (1)!

Pierde el tiempo, en suma, todo el que lo pasa en la ociosidad, en la vanidad, en la tibieza voluntaria, en el pecado mortal, en el amor del mundo y de los placeres desordenados; porque todas estas cosas son germen de muerte y no de vida. ¿Habrán quien tenga por tiempo bien empleado el que invierte el hombre en labrarse su eterna desdicha? ¡Oh! Desengáñense los hijos de Adán: todo el tiempo que damos al mundo podemos considerarle como perdido, y cabe bien decir que no vivimos sino cuando hacemos buen uso del tiempo. (*Vixit, dum vivit bene.*—Damasc., *De virtute.*)

Ahora bien; para que todos veáis en conjunto el valor del tiempo, los provechos de emplearlo bien y las desdichas de emplearlo mal, no terminaré esta instrucción sin indicaros en resumen las infinitas ventajas que podemos sacar de su buen uso. A saber:

Usando santamente del tiempo podemos hacer que sea revocado el decreto de nuestra eterna condenación, podemos expiar nuestros pecados, satisfacer á la justicia divina, corregir nuestros defectos, acrecentar nuestras virtudes, adquirir mayores méritos, elevarnos á una gloria celestial, cuyo menor grado vale más que todos los cetros y todas las coronas del mundo.

Podemos ser en gran manera útiles, no sólo á nosotros mismos, sino también á nuestros semejantes, á nuestros deudos y á los extraños, á los justos y á los pecadores, á los fieles y á los infieles, á los reinos temporales y al reinado espiritual de Jesucristo.

Podemos, descendiendo á la Iglesia purgante, disminuir las penas de las ánimas que padecen en el purgatorio y abreviar el tiempo de su cautiverio, haciendo que se acelere su entrada en el cielo.

Podemos ascender hasta la inefable mansión de la Iglesia triun-

(1) Defecerunt in vanitate dies eorum, et anni eorum cum festinatione! (Psalms LXXXVII, 33.)

fante, hasta la presencia refulgente de los bienaventurados, hasta el augusto trono de Dios, hasta Dios mismo, y con el buen empleo de nuestro tiempo acrecentar los perpetuos regocijos y los eternos amores de aquellos celestiales habitantes.

Todo esto y mucho más podemos, y por eso el grande Apóstol y la Iglesia nuestra Madre levantan su voz en la Epístola de este día y nos dicen: «*Mirad que andéis cautelosamente, no como necios, sino como sabios; redimiendo el tiempo, porque los días son malos.*»— (*Quoniam dies mali sunt.*)

Así, pues, procuremos nosotros no olvidar nunca estas advertencias de San Pablo sobre el buen empleo del tiempo. Andemos siempre en caridad, en gracia de Dios, y, como dice el mismo Apóstol, *ora comamos, ora bebamos, ora hagamos cualquiera otra cosa, hagámoslo todo por la gloria de Dios* (1), y este será un hermoso medio de emplear bien el tiempo.

Téngase presente que los hombres amadores de sí mismos, que se ocupan con excesivo afán en los goces de las criaturas, en las riquezas, en los placeres y honores de la tierra, pierden su tiempo.

Que los que todo lo encaminan á sí propios, por orgullo, complacencia ó vanidad, pierden su tiempo.

Que los que no hacen nada, ó se ocupan en bagatelas inútiles, y los que trabajan, pero trabajan mal, trabajan para la tierra, y en orden á la eternidad, pierden su tiempo.

Que los que hacen otra cosa distinta de lo que deben hacer, y los que hacen lo debido pero fuera de tiempo, cuando ya es inútil, pierden su tiempo.

¡Oh! ¡Somos criados para la eternidad y vivimos para el tiempo; y perdemos el tiempo con el cual podemos comprar la eternidad! ¿Qué es esto? ¿Hay juicio en nuestras cabezas? Vivamos, pues, como si hubiésemos de morir á cada instante, y trabajemos en cada instante como si hubiésemos de vivir siempre. El tiempo pasado ya no existe; el futuro no sabemos si vendrá para nosotros; sólo tenemos el momento presente. Aprovechémosle bien y estemos seguros que así compraremos el cielo, donde seremos eternamente felices por los siglos de los siglos. Amén.

(1) Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud aliquid facitis, omnia in gloriam Dei tacite. (I Corint., X, 31.)

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo XXI después de Pentecostés.

Combate espiritual del cristiano.

AMADOS míos en el Señor: La Iglesia nuestra Madre, solicita siempre por el bien de nuestras almas, nos amonestó en la Dominica anterior encargándonos que andemos siempre con mucha cautela, y con mucha prudencia, *empleando bien el tiempo, porque los días son malos*; es decir, porque en nuestros días hay muchos enemigos de nuestra salvación que intentan perdernos; y hoy, prosiguiendo su maternal enseñanza, nos muestra *la necesidad y el modo de combatir* santa y felizmente contra dichos enemigos de nuestro espíritu. Oigamos como se expresa, en la Epístola de este día, por boca de San Pablo. Dice así:

«*Hermanos: Fortaleceos en el Señor y en su virtud omnipotente. Vestios la armadura de Dios, para que podáis defenderos de las asechanzas del diablo; porque tenemos que luchar, no ya contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra los espíritus de maldad esparcidos en los aires.*» (Ephes., VI, 10-11-12.)

Tal es, amados míos, la exhortación de la Iglesia, siempre necesaria; pero hoy tal vez más que nunca, porque los enemigos de Dios, de su Cristo, de su Iglesia y de nuestra eterna salud, se multiplican por modo satánico, bramando de furor por aniquilar la Religión de Jesucristo, por destruir su reinado social, diciendo, como en otro tiempo los pérfidos judíos: *No queremos que este reine sobre nosotros.*» (*Nolumus hunc regnare super nos.* Luc., XIX, 14.)

Dos cosas, pues, conviene declarar aquí, siguiendo el texto sagrado de la Epístola:

- 1.^a Que es preciso fortalecernos con la virtud de Dios.
- 2.^a Quiénes son los enemigos que nos asedian.